
Te Deum 2015

Hemos proclamado un breve pasaje del Evangelio de San Marcos. Su enseñanza nos ayudará a dar gracias a Dios en este nuevo cumpleaños de la Patria.

Este relato evangélico sobre la vida pública de Jesús, nos revela su modo de ser cercano a las vicisitudes de los hombres. Al texto que proclamamos, le precedió un gran milagro. Compadecido por una multitud que lo seguía a todas partes, con unos pocos panes y peces que le alcanzó un niño, dio de comer a una multitud de peregrinos. Esos signos manifestaron el poder divino de Jesús, aunque Él quiso asumir nuestra condición humana, y en todo vivió igual a nosotros. Él amó con corazón de hombre, y su compasión dejaba entrever el entrañable amor de Dios por su criatura. Sus discípulos, atareados en servir a semejante número de comensales, y al comprobar que sobraba una buena cantidad de alimentos, no podían salir de su asombro. Acto seguido, reciben la orden de ir hacia Betsaida, una ciudad que estaba en la otra orilla del lago de Genesaret. Mientras ellos se embarcan, Jesús busca un lugar alto para entrar en intimidad con su Padre del Cielo.

La travesía se complica. El viento en contra y la amenazadora fuerza de las olas hacen temer a los experimentados pescadores. Jesús parece ausente y distante, entregado a la oración en su monte. Pero no. Su Maestro no los abandona; ve las penurias de sus amigos y viene hacia ellos caminando sobre las aguas. Él hace ademán de pasar adelante, pero no es indiferente ante la aflicción de sus apóstoles. Ellos siguen turbados y creen ver una ilusión. Sus gritos desesperados se calman cuando reconocen la voz persuasiva de su rabí que les dice: «Anímense, soy yo; no teman». Luego sube a la barca con ellos y hace posible el arribo a su destino. En los Evangelios hay numerosos pasajes donde la sola presencia de Jesús, aun en las circunstancias más adversas y dramáticas de la vida, como la enfermedad y hasta la misma muerte, se revierten por su corazón compasivo ante el sufrimiento humano y por los signos poderosos que revelan su condición divina.

Desde la Revolución de Mayo, seguida por las gestas gloriosas de la Independencia, nuestra Historia Patria atravesó momentos de dolorosos desencuentros entre hermanos. Circunstancias no muy lejanas en el tiempo, al comienzo del tercer milenio, nos hicieron vivir momentos de extrema violencia social, con el temor de que quedara afectada la amistad social, los vínculos solidarios que nos enseñaron nuestros mayores y forman parte sustancial de nuestra cultura nacional. Si hoy seguimos firmes hacia nuestro destino, en el concierto de las naciones libres, no hay que descontar que Dios, el Dios de la Constitución, fuente

de toda razón y justicia, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, siempre estuvo dispuesto a embarcarse con nosotros, y aun con el viento en contra de la historia, no deja de infundirnos confianza y esperanza, porque con él siempre se abre el futuro, siempre hay una posibilidad de construir una Patria más humana, más fraterna, justa, solidaria y con un progreso que dignifique a todas las familias argentinas. También nosotros, con frecuencia, tenemos la impresión de que Dios está ausente cuando se cierran los caminos. Pero ya sabemos por experiencia que el Señor viene en el momento oportuno. Cuando la adversidad tiende a disociar la unidad deseada y parece triunfar el desencuentro, no dejemos de escuchar la voz de quien más nos ama: «Anímense, soy yo; no teman». No dejaremos de sentir su consoladora presencia, si adherimos a su persuasiva doctrina del semejante, del prójimo, del buen Samaritano; si adherimos a la verdad evangélica considerando al otro como a mi hermano, mi hermana. Si entendemos que juntos hacemos la patria fraterna, base de una comunidad política auténtica, esto nos hace superar la idea de que el otro es un adversario, cuando no, un enemigo. Recuperar la imagen de la Patria como una gran familia con pluralidad de opiniones, no puede ser ajena a nuestros ideales, sobre todo, porque responde a nuestras más auténticas raíces.

El *Te Deum* es una solemne oración de acción de gracias por los dones recibidos, y una plegaria de confianza en el porvenir. También es una oración que compromete a trabajar y a sacrificarse por la comunidad política, considerada por nuestra fe católica como expresión suprema de la caridad social, porque el prójimo a quien hay que amar se presenta en una sociedad concreta, y la delicada tarea de organizar la vida en todas sus dimensiones, define su naturaleza y misión. Si el amor ilumina y anima todos los ámbitos de la vida humana, es también guía y principio rector de la acción política.

Para quienes aspiran echarse al hombro el honroso oficio de la conducción de nuestro país, el Concilio tiene una frase que alienta a asumirla con grandeza de alma: «Quienes son o pueden llegar a ser capaces de ejercer este arte tan difícil y tan noble que es la política, procuren ejercitarla con olvido del propio interés... Luchen con integridad moral y con prudencia contra la injusticia y la opresión,...y conságrense con sinceridad y rectitud, más aún, con caridad y fortaleza política, al servicio de todos» *Gaudium et Spes*, n° 75.

Todos deseamos que cada vez más se achique la brecha que separa las clases sociales en la Argentina. De ahí que un progreso que se entrapa en cálculos y estadísticas, y le da la espalda a las necesidades básicas, insensible a los más débiles y más vulnerables, desconociendo el tiempo y los derechos de los pobres y pequeños -los predilectos de Dios en la Biblia-, corre en sentido contrario a la voluntad del mismo Dios creador, que hizo este universo inmenso y bello, para todos. Es el mismo Creador que hace salir el sol, sobre justos y pecadores.

En cada fecha patria, se renueva la pasión por el servicio al bien común, aunque hay que reconocer que también conviven pasiones que disgregan y nos distancian del ideal fraterno. Es en estos días que volvemos sobre el origen fundante de nuestra identidad nacional, especialmente sobre el pensamiento de los Padres de la Patria que siguen siendo docentes para nuestros días. Es por eso que deseo izar una expresión de Belgrano: «Nuestros patriotas están revestidos de pasiones, y en particular, la de la venganza; es preciso contenerla y pedir a Dios que la destierre, porque de no, esto es de nunca acabar y jamás veremos la tranquilidad». Así pensaba Manuel Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano.

Tampoco faltó entre nosotros un gesto que renovó el orgullo patriótico de ser argentinos. Ayer fuimos testigos en nuestra Iglesia Catedral, de la sencilla pero tan significativa ceremonia al presentar ante el mausoleo que custodian los restos del General Don José de San Martín, su sable corvo, el que blandió en las batallas de la Independencia y dieron la libertad a los pueblos de la América del Sur. Todo un signo y una enseñanza. Quedó en el aire de este templo un renovado vigor de lo que todos conocemos como el espíritu sanmartiniano. Espíritu de sacrificio, abnegación, de no anteponer los intereses personales a los de la Patria y al bien común, de renunciamiento ejemplar, en fin, de valores profundamente humanos y virtudes cristianas que lo acompañaron la vida entera, aun lejos de su tierra y por mucho tiempo olvidado. Aprovechando ese encuentro providencial y tan apropiado en estas fiestas mayas, elevé esta oración:

«Padre clemente y misericordioso, tú que conviertes las espadas en arados, haz que este encuentro entre el Padre de la Patria y su noble arma se convierta también en un signo de pacificación, reconciliación, justicia y progreso para nuestro pueblo, respetando la voluntad y el legado de quien hoy evocamos. Amén».

✠Mario Aurelio Cardenal Poli
